1. Ésto no es un prólogo

Ésto no es un prólogo

Las calles desoladas de la ciudad, cubiertas de escombros y restos de vehículos calcinados, amplificaban los ecos de un mundo roto. El aire olía a podredumbre y metal, un recordatorio constante del cataclismo que había transformado la Tierra en un páramo de belleza y horror. Entre las sombras, una figura desnuda se movía con gracia felina: la pelirroja. Su cuerpo esbelto y ejercitado, como el de una diosa, desafiaba la lógica de la anatomía humana. Su piel clara, salpicada de pecas como un yogur de melocotón, brillaba bajo la luz mortecina del sol. Sus ojos, verdes como esmeraldas relucientes, destellaban con una intensidad salvaje, y su cabello, largo como algas ondeando bajo el mar, rojo como las rosas, caía en cascada sobre sus hombros. Sus glúteos y pechos, desproporcionadamente voluptuosos, parecían desafiar la física misma, y su rostro angelical era una máscara que ocultaba la depravación de una mente retorcida. "¡No me estás escuchando, pedazo de mierda!" gritó la pelirroja, su acento irlandés cortando el aire como un cuchillo. Su voz resonó por las calles vacías, y sus ojos esmeralda se clavaron en el hombre que se encogía ante ella. El saqueador, un superviviente curtido por los horrores del apocalipsis, temblaba, con la ropa rasgada y manchada de la sangre de su amigo, uno de los muchos que habían caído ante la furia de esta mujer. "¿Por qué sigues aquí, eh?" exigió ella, su tono cargado de desprecio. El hombre la miró con una mezcla de terror y desesperación. "Por favor, no..." balbuceó, su voz quebrándose, incapaz de articular una súplica completa. Había sido parte de una banda de saqueadores, hombres y mujeres endurecidos que vivían bajo la ley del más fuerte, robando y luchando para sobrevivir en este mundo destrozado. Pero su comunidad había sido aniquilada por esta diosa infernal, cuya fuerza sobrenatural rivalizaba con la de los monstruos mutantes del Cataclismo. Uno a uno, sus compañeros habían caído en una carnicería grotesca, sus cuerpos destrozados y profanados por los caprichos sádicos de la pelirroja. Ahora, él era el último, el único que enfrentaría el tormento final. Con un movimiento grácil, ella lo montó a horcajadas, sus caderas

desnudas rozando las suyas. A pesar del miedo que lo paralizaba, el cuerpo del saqueador traicionó su instinto, respondiendo de manera primitiva y aterradora con una erección. Ella se lamió los labios, y un escalofrío recorrió la espalda del hombre. Deslizó las manos bajo su ropa, ignorando su temblor, y con un tirón brusco rompió el elástico de su pantalón. El pene del saqueador quedó expuesto, erecto bajo la mirada hambrienta de la mujer. Sus mejillas ardieron, no por el calor del día, sino por la humillación y el contraste entre su piel sucia, marcada por semanas sin higiene, y la impecable palidez pecosa de ella. La risa de la pelirroja estalló, un sonido puro y desenfrenado, sus ojos brillando con un interés lujurioso casi inocente. Se recostó, dejando de apoyar su peso en los brazos, y se acomodó sobre él. Con una mano, se acarició a sí misma, mientras con la otra recorría la longitud de su erección, las yemas de sus dedos trazando las venas que latían al ritmo de su corazón acelerado. La sensación era abrumadora, una mezcla de placer y pánico que lo consumía. Su agarre se intensificó, la presión volviéndose casi insoportable. El saqueador puso los ojos en blanco, un gemido ahogado escapando de sus labios. Ella presionó el pulgar contra la base de su miembro, acercándolo a sus testículos, y el prepucio se deslizó hacia atrás, revelando el glande rojo y cubierto de una capa de suciedad. Los ojos de la pelirroja se iluminaron con una excitación salvaje. Se inclinó, su aliento caliente rozando la piel de él, y sin previo aviso, hundió la boca en su pene. La repentina humedad y calor hicieron que el hombre arqueara la espalda, mientras su lengua exploraba cada pliegue con una precisión inquietante, como si estuviera cartografiando su cuerpo para un experimento retorcido. Sus gemidos se mezclaron con los sonidos lejanos de los infectados, resultaba en un coro de destrucción que resonaba en la devastada ciudad. Tras lo que pareció una eternidad, ella se apartó con un chasquido húmedo, dejando la cabeza de su pene limpia y reluciente. "Esto facilitará tu tortura," murmuró con su acento irlandés, la voz estaba cargada de una promesa siniestra. "No lo tomes como una cortesía, cariño." Con una sonrisa maliciosa, deslizó una mano para acariciar sus testículos, sus uñas largas y afiladas arañando la piel sensible. El saqueador jadeó, abriendo los ojos de golpe para encontrar los de ella, mientras el dolor le recordaba su vulnerabilidad. Ella rió entre dientes, divertida por su reacción, mientras su otra mano comenzaba a bombear su miembro lentamente, esparciendo el líquido preseminal con el pulgar. El

agarre se volvió más firme, sus uñas clavándose en la carne de sus testículos, apretándolos y retorciéndolos con crueldad. Lágrimas llenaron los ojos del hombre, y se mordió el labio para no gritar. Perversamente, el dolor avivó su excitación, y su pene se hinchó aún más bajo su agarre. Ella notó el efecto y su sonrisa se ensanchó, observando su propia excitación creciendo. Con un movimiento preciso, atrapó el frenillo; la delicada franja de piel que conectaba el prepucio al glande. El cuerpo del saqueador se tensó mientras ella manipulaba el tejido con movimientos pausados, observando cómo su rostro se contraía de agonía. Sus uñas arañaron la piel sensible del prepucio y el frenillo, dejando gotas de sangre que resaltaban contra su piel pálida y sudorosa. Se inclinó más cerca, sus ojos estaban fijos en los de él, y comenzó a masturbarlo con intensidad, su mano moviéndose en un ritmo lento y rítmico que lo hacía gritar. El dolor de los arañazos y el corte en el frenillo se mezclaba con el placer, creando una sensación agonizante y embriagadora. De pronto, su pulgar se deslizó a la punta de su pene, y con una sonrisa sádica, clavó la afilada uña en el diminuto orificio de la uretra. El saqueador abrió los ojos de par en par, el dolor abrasador atravesándolo como un relámpago. Ella retorció la uña ligeramente, la intrusión extraña y aterradora, y aunque el dolor era insoportable, su miembro respondió, palpitando con un placer repugnante. Ella retiró la uña, estudiando la gota de sangre que brotaba, una joya macabra que cayó en el suelo polvoriento. Luego, deslizó el índice en el mismo punto, presionando más profundamente. El hombre se convulsionó, sus jadeos de dolor llenando el aire, mezclándose con los gritos lejanos de los infectados. Su agarre se afianzó, la sangre y la saliva estaba suavizando sus movimientos mientras aceleraba el ritmo. El saqueador puso los ojos en blanco, su cuerpo contorsionándose en una danza de agonía y excitación indeseada. Ella observaba su rostro con fascinación retorcida, los tendones de su cuello estaban erizados mientras hundía el dedo en su punto más sensible. Con una sonrisa maliciosa, abrió la boca y dejó caer un espeso hilo de saliva sobre la punta de su pene, mezclándose con la sangre y el líquido preseminal. La frialdad de la saliva contrastaba con el calor de su piel, y el fluido ácido quemó las heridas abiertas del prepucio, haciéndolo gritar. El sonido rasgó el silencio desolador, y la pelirroja rió, deleitándose en la espuma que se formaba al mezclarse la saliva con la sangre. El cuerpo del saqueador se tensó, sus

músculos apretándose contra el pavimento. La presión en sus testículos crecía, una señal inequívoca de que estaba al borde del clímax. Su mente luchaba por resistir, pero su cuerpo, traicionado por el dolor y el miedo, cedía. El dedo de la pelirroja, alojado en su uretra, actuaba como una barrera, intensificando la presión hasta un nivel insoportable. Su pene se hinchó, las venas abultándose mientras el semen luchaba por escapar. Una gota espesa y blanca se deslizó alrededor del dedo, cayendo al suelo en un charco viscoso. Ella lo observaba con júbilo sádico, sin apartar la vista de su rostro. "Ahora eres mío, cariño..." susurró, su aliento caliente estaba rozando su oído. "Te correrás por mí y te encantará." Su voz era una mezcla de seducción y tormento. Hundió el dedo aún más, y el dolor hizo que los ojos del hombre se desorbitaran, y que su espalda fuese arqueándose. El semen comenzó a gotear, gruesas gotas manchando el pavimento, mientras ella continuaba con sus caricias retorcidas, su dedo estaba moviéndose como un pistón dentro de su uretra. Los gritos del saqueador se quebraron, lágrimas y sudor mezclándose en su rostro. "Para, por favor," suplicó, la voz entrecortada. "Me duele. Ay, Dios, me duele." La pelirroja ignoró sus ruegos, sus ojos estaban encendidos de placer mientras el olor a sangre y semen impregnaba el aire, un afrodisíaco embriagador. Con un apretón feroz, aplastó sus testículos en la palma de su mano, sintiéndolos ceder bajo la presión. El grito del hombre fue una sinfonía de agonía, y ella se deleitó en el sonido, su mano moviéndose con brutal eficiencia, las uñas arañando la delicada carne interna mientras se hundía una y otra vez. Finalmente, con una sonrisa salvaje, retiró el dedo de su uretra destrozada. La repentina liberación fue como una presa que se rompía: un torrente de semen mezclado con sangre salió disparado, pintando el aire con un arco macabro. El fluido salpicó los amplios pechos de la pelirroja, gotas rojas y blancas deslizándose por su piel pecosa. Ella observó con fascinación retorcida, su oscura excitación avivada por la visión.El saqueador, con los ojos vidriosos por el dolor y la conmoción, temblaba incontrolablemente. Había deseado la muerte, un fin a la agonía, pero ella no había terminado. "Estás hecho un desastre, cariño," murmuró, su acento irlandés cargado de un ronroneo escalofriante. Se llevó la mano a la boca, lamiendo la mezcla repugnante de sangre y semen, saboreándola con deleite. Con un arrebato de fuerza sobrenatural, tiró de sus brazos hacia los lados. El sonido de huesos crujiendo y rompiéndose llenó el aire, y

los ojos del hombre se desorbitaron, su boca abriéndose en un grito silencioso mientras ella dislocaba sus extremidades. Forcejeó, pero la oscuridad lo atrapó, y perdió la consciencia. Sus ojos esmeralda brillaron con júbilo sádico mientras contemplaba al hombre destrozado. El olor de su miedo y dolor la embriagaba, su corazón latiendo con la emoción de la caza. Se lamió los labios, saboreando el momento, antes de descender a sus piernas. Sus dedos se clavaron en la carne mientras tiraba, doblando las extremidades en ángulos imposibles hasta que los huesos se rompieron como ramas. Él se desmayó, su cuerpo inerte bajo ella. Con una sonrisa sádica, continuó su danza destructiva. Sus manos se posaron en sus tobillos, y con un giro brutal, dislocó sus pies, los dedos apuntando hacia adentro en una grotesca parodia de una pose de ballet. El crujido de huesos y tendones rotos resonó en el aire, testimonio de su poder inhumano, comparable al de las criaturas mutantes que acechaban el Cataclismo. La pelirroja, una diosa depravada en este páramo apocalíptico, se alzó sobre su presa destrozada, su belleza angelical contrastando con la brutalidad de sus actos. Este era solo el comienzo de su juego perverso, una cacería sádica en un mundo donde la supervivencia y el deseo se entrelazaban en un baile macabro.